Delante esa severa fachada, á pocos pasos de esta doble lamentación de Job y de Jesús, algunos vivarachos niños, lindos y sonrosados, jugaban en el verde césped y hacían comer la hierba, lanzando gritos de alegría, á un pobre conejo manso y asustado á la vez. Nadie más *pasaba por el camino*.

Hay otra hermosa iglesia en Andernach. Esta es gótica. Es una nave del siglo XIV, hoy transformada en cuadra de cuartel y guardada por soldados de caballería prusianos, sable en mano. Por la entreabierta puerta se divisa una larga fila de grupas de caballo que se pierde entre la sombra de las capillas. Encima de la puerta se lee: *Sancta María, ora pro nobis*. Actualmente lo dicen los caballos.

Me hubiera gustado subir á la curiosa torre que veo desde mi ventana, y que, según todas las apariencias, es la antigua atalaya de la ciudad; pero la escalera está rota y las bóvedas hundidas. He tenido que renunciar. Por lo demás, la magnífica ruina tiene tantas flores, tan bonitas flores dispuestas con tanto buen gusto y cuidadas con tanto esmero en todas las ventanas, que se diría que está habitada. Y está habitada, en efecto, habitada por la más coqueta y huraña á un tiempo de las habitantes, por esa dulce é invisible hada que se aloja en todas las ruinas, que las toma por y para sí sola, que hunde todos los pisos, todos los techos, todas las escaleras, para que el paso del hombre no turbe los nidos de los pájaros, y que pone en todas las ventanas y ante todas las puertas unas macetas de flores que ella sabe hacer, en calidad de hada, con todas las piedras viejas excavadas por la lluvia ó hendidas por el tiempo.

CARTA DÉCIMA CUARTA

EL RHIN

Varias declaraciones de amor á algunas cosas de la creación. —El autor cita á Boileau.—Grupo de todos los ríos.—Historia.—Los volcanes.—Los celtas.—Los romanos.—Las colonias romanas.—Qué ruinas había en el Rhin hace mil doscientos años.—Carlomagno.—Fin del Rhin histórico.—Comienzo del Rhin fabuloso.—Mitología gótica.—Hormigueo de leyendas.—Lo feo y lo bonito mezclados bajo mil formas en una claridad fantástica.—Enumeración de las figuras quiméricas.—Las fábulas palidecen; se hace la luz; la historia reaparece.—Lo que hacen cuatro hombres sentados en una piedra.—Rhens.—Triple nacimiento de tres grandes cosas casi en el mismo lugar y en el mismo momento.—El Rhin religioso y militar.—Los príncipes eclesiásticos compuestos de los mismos elementos que el Papa.—El que se desarrolla usurpa.—Los condes palatinos protestan por medio de las condesas palatinas.—Establecimiento de las órdenes de caballería.—Nacimiento de las ciudades comerciales.—Bandidos gigantescos del Rhin. —Los Burgraves.—Lo que hacen durante aquel tiempo las cosas invisibles.—Juan Huss.—Doucin.—Nace un acontecimiento en Nuremberg.—Nace otro acontecimiento en Estrasburgo.—La faz del mundo va á cambiar.—Himno al Rhin.—Lo que el Rhin era para Homero, para Virgilio, para Shakespeare.—Lo que es para nosotros.—De quién es.—Recuerdos históricos.—Pepino el Breve.—El imperio de Carlomagno comparado con el imperio de Napoleón.—Explicación del modo como se ha dislocado, de siglo en siglo y jirón á jirón, el imperio de Carlomagno.—Cómo

dispuso Napoleón el Rhin en el papel que representaba. —Recapitulación.—Las cuatro fases del Rhin.—El Rhin simbólico.—A qué gran acontecimiento se parece.

San Goar, 17 de agosto.

Ya sabéis, pues lo he dicho con frecuencia, que me gustan los ríos. Los ríos transportan las ideas tan bien como las mercancías. Todo tiene su magnífico papel en la creación. Los ríos, como inmensos clarines, cantan al Océano la belleza de la tierra, la cultura de los campos, el esplendor de las ciudades y la gloria de los hombres.

Y, también os lo he dicho, entre todos los ríos, prefiero el Rhin. La primera vez que vi el Rhin, era, hace un año, en Kehl, al pasar el puente de barcas. La noche caía, el coche iba al paso. Me acuerdo que sentí entonces un cierto respeto mientras cruzaba el viejo río. Tenía deseos de verle desde hacía mucho tiempo. Y jamás sin conmoverme entro en comunicación, iba á decir en comunión, con esas grandes cosas de la naturaleza, que son, además, grandes cosas en la historia. Añadid á esto que los objetos más opuestos me ofrecen, no sé por qué, extrañas afinidades y armonías. ¿Os acordáis, amigo, del Ródano en la Valserina? Lo vimos juntos en 1825, en aquel agradable viaje á Suiza, que es uno de los recuerdos luminosos de mi vida. ¡Teníamos entonces veinte años! ¿Os acordáis con qué grito de rabia, con qué feroz rugido se precipitaba el Ródano en el abismo, en tanto que el débil puente de madera temblaba bajo nuestros pies? Pues bien; desde aquel tiempo, el Ródano despertaba en mi espíritu la idea del tigre, el Rhin me despertaba la idea del león.

Aquella tarde, cuando vi el Rhin por primera vez,

esa idea no se modificó. Contemplé largo rato este altivo y noble río, violento, mas sin furor; salvaje, pero majestuoso. Mostrábase hinchado y magnífico mientras iba cruzándole. Frotaba en las barcas del puente su rubia cabellera, su *barba limonosa*, como dice Boileau. Sus dos riberas se perdían en el crepúsculo. Su rumor era un rugido poderoso y tranquilo. Yo le encontré alguna cosa del mar grande.

Sí, amigo mío, es un río noble, feudal, republicano, imperial, digno de ser á la vez francés y alemán. Hay toda la historia de Europa, considerada bajo sus dos grandes aspectos, en ese río de los guerreros y los pensadores, en esa corriente soberbia que hace palpitar á Francia, en ese profundo murmurio que hace soñar á Alemania.

El Rhin lo reune todo. El Rhin es rápido como el Ródano, ancho como el Loira, encajonado como el Mosa, tortuoso como el Sena, límpido y verde como el Soma, histórico como el Tíber, regio como el Danubio, misterioso como el Nilo, está lleno de pepitas de oro como un río de América, cubierto de fábulas y fantasmas como un río de Asia.

Antes que la historia escribiese; antes que el hombre existiera tal vez, donde está hoy el Rhin, humeaba y llameaba una doble cordillera de volcanes que se han apagado, dejando en el suelo dos montones de lavas y de basaltos dispuestos paralelamente como dos largas murallas. En la misma época, las gigantescas cristalizaciones, que son las montañas primitivas, se terminaban; los enormes aluviones, que son las montañas secundarias, se desecaban; el sorprendente montón que hoy denominamos los Alpes se enfriaba lentamente, acumulándose en ellos las nieves; dos grandes desagües de aquellas nieves se esparcieron por la tierra; el uno, el desagüe de la vertiente septentrional, atravesó las llanuras, encontró la doble trinchera de

los volcanes apagados y se dirigió por allí al Océano; el otro, el desagüe de la vertiente occidental, cayó de montaña en montaña, siguió por ese otro bloque de volcanes apagados que llamamos el Ardeche, y se perdió en el Mediterráneo. El primero de esos desagües es el Rhin, el segundo el Ródano.

Los primeros hombres que la historia ve posarse en las riberas del Rhin, fueron esa gran familia de pueblos semisalvajes que se llamaban *celtas,* y que Roma denominó *galos; qui ipsorum lingua* CELTÆ, *nostra vero* GALLI *vocantur,* dijo César. Los rauracos se establecieron más cerca de la fuente, los argentoracos y los moguncianos más cerca de la desembocadura. Luego, cuando llegó la hora, Roma apareció; César pasó el Rhin; Druso edificó sus cincuenta ciudadelas; el cónsul Munacio Planco empezó una ciudad en la cumbre septentrional del Jura; Marcio Vipsanio Agrippa construyó un fuerte delante la desembocadura del Mein, luego estableció una colonia frente á frente de Tuitium; el senador Antonio fundó bajo Nerón un municipio cerca del mar batavio; y todo el Rhin estuvo en manos de Roma. Cuando la vigésima segunda legión, que había acampado debajo los mismos olivares donde agonizó Jesucristo, regresó del sitio de Jerusalén, Tito la envió al Rhin. La legión romana prosiguió la obra de Marcio Agrippa; parecióles necesaria á los conquistadores una ciudad para enlazar el Meliboco con el Tausis, y Moguntiacum, esbozada por Marcio, fué construída por la legión, y luego engrandecida por Trajano y embellecida por Adriano. Cosa sorprendente y que hay que notar de paso: aquella vigésima segunda legión había conducido con ella á Crescencio, que fué el primero en llevar la palabra de Cristo al Rhingau y fundó la nueva religión: Dios quería que aquellos mismos hombres ciegos que habían derribado la última piedra del tem-

plo en el Jordán, volvieran á poner la primera piedra en el Rhin. Después de Trajano y Adriano, vino Juliano, que erigió una fortaleza en la confluencia del Rhin y del Mosela; después de Juliano, Valentiniano, que erigió algunos castillos sobre los dos volcanes apagados que llamamos el Lorwemberg y el Stromberg; y así se halló enlazada y consolidada en pocos siglos, como una cadena remachada en el río, esa larga y robusta línea de colonias romanas, Vinicela, Altavilla, Lorca, Trajanicastrum, Versalia, Mola Romanorum, Turris Alba, Victoria, Rodobriga, Antoniacum, Sentiacum, Rigodulum, Rigomagum, Tulpetum, Broilum, que parte de la Cornu Romanorum en el lago de Constanza, baja por el Rhin, apoyándose en Augusta, que es Basilea; en Argentina, que es Estrasburgo; en Moguntiacum, que es Maguncia; en Confluentia, que es Coblenza; en Colonia Apripina, que es Colonia, y va á unirse, junto al Océano, con Trajectum ad Mosam, que es Maestrich, y con Trajectum ad Rhenum, que es Utrecht.

Desde entonces el Rhin fué romano. No fué más que el río que regaba la provincia helvética ulterior, la primera y la segunda Germania, la primera Bélgica y la provincia bátava. El galo melenudo del Norte, que venía á ver por curiosidad, en el siglo III, al galo de toga de Milán y al galo de bragas de Lyon, el galo melenudo fué domado. Los castillos romanos de la orilla izquierda mantuvieron en respeto á la orilla derecha; y el legionario, vestido de paño de Tréveris, armado de una partesana de Tongres, no tuvo que hacer más que vigilar desde lo alto de las rocas al viejo carro de guerra de los germanos, maciza torre ambulante, de ruedas armadas de hoces, de timón erizado de picas, arrastrado por bueyes, almenado por diez arqueros, que se atrevía alguna vez á atravesar el Rhin hasta debajo la balista de las fortalezas de Druso.

Ese terrible paso de los hombres del Norte á las regiones del Mediodía, que se renueva fatalmente en ciertas épocas climatéricas de la vida de las naciones, y que se denomina la invasión de los bárbaros, vino á sumergir á Roma cuando llegó el instante en que debía transformarse. La barrera granítica y militar de las ciudadelas del Rhin fué arrollada por ese desbordamiento, y hubo un instante, hacia el siglo VI, en que las crestas del Rhin quedaron coronadas de ruinas romanas, como hoy lo están de ruinas feudales.

Carlomagno restauró aquellos escombros, reedificó aquellas fortalezas, las opuso á las antiguas hordas germánicas que iban renaciendo bajo otros nombres, á los boemanos, á los abodritas, á los welabates, á los sarabas; construyó en Maguncia, en donde fué enterrada su mujer Fastrada, un puente de pilas de piedra de las que, según dicen, aun se ven las ruinas bajo el agua; levantó el acueducto de Bonn; reparó las vías romanas de Victoria, hoy Neuwied; de Bacchiara, hoy Bacharach; de Vinicella, hoy Winkel; y de Trhonus Bacci, hoy Trarbach, y se construyó á sí mismo, con los restos de un baño de Juliano, un palacio, el Saal, en Niader Ingelheim. Pero, á pesar de todo su genio y de toda su voluntad, Carlomagno no hizo más que galvanizar algunas osamentas. La vieja Roma había muerto. La fisonomía del Rhin había cambiado.

Ya, como he indicado más arriba, bajo la dominación romana, había sido depositado un invisible germen en el Rhingau. El cristianismo, esa águila divina que empezaba á tender las alas, había puesto en aquellas rocas su huevo, que contenía un mundo. A ejemplo de Crescencio, que desde el año 70 evangelizaba el Tauro, san Apolinar había visitado Rigomagum; san Goar había predicado en Bacchiara; san Martín, obispo de Tours, había catequizado á Confluentia; san Materno, antes de ir á Tongres, había vivido en Colonia; san Eucario se había construído un eremitorio en los bosques inmediatos á Tréveris; y, en los mismos bosques, san Gezelino, encaramado durante tres años sobre una columna, había luchado cuerpo á cuerpo con una estatua de Diana, acabando por derribarla, por decirlo así, con la mirada. En Tréveris misma, muchos obscuros cristianos habían muerto con la muerte de los mártires en el patio del palacio de los prefectos de la Galia, y se habían aventado sus cenizas; pero aquellas cenizas eran simientes.

El grano estaba en el surco; pero, mientras duró el paso de los bárbaros, nada brotó.

Muy al contrario, se produjo un profundo hundimiento, donde pareció que caía la civilización; la cadena de las seguras tradiciones se rompió; pareció que se borraba la historia; los hombres y los acontecimientos de aquella sombría época atravesaron el Rhin como sombras, arrojando apenas en el río un fantástico reflejo, más pronto desvanecido que visto.

De ahí que, para el Rhin, después de un período histórico, sucediera un período maravilloso.

La imaginación del hombre, igual que la naturaleza, no acepta el vacío. En donde calla el ruido humano, la naturaleza hace charlar los nidos, cuchichear las hojas de los árboles y murmurar las mil voces de la soledad. En donde cesa la certidumbre histórica, la imaginación hace vivir la sombra, el sueño, la apariencia. Las fábulas vegetan, crecen, se mezclan y florecen en las lagunas de la derrumbada historia, como las zarzas y las gencianas en las grietas de un palacio arruinado.

La civilización es como el sol; tiene sus noches y sus días, sus plenitudes y sus eclipses, desaparece y reaparece.

Desde que la aurora de una renaciente civilización empezó á apuntar sobre el Tauno, hubo en las ribe-

ras del Rhin un adorable gorjeo de leyendas y de fábulas; en todas las partes alumbradas por aquella lejana claridad, resplandecieron de pronto mil figuras sobrenaturales y encantadoras, mientras que en las partes sombrías se agitaban formas horrendas y espantosos fantasmas. Entonces, en tanto se construían, con hermosos basaltos nuevos, al lado de los escombros romanos, hoy en día desaparecidos, los castillos sajones y góticos, actualmente desmantelados, toda una población de seres imaginarios, en comunicación directa con las hermosas doncellas y los apuestos caballeros, se esparció por el Rhingau; las oreadas, que se apoderaron de los bosques; las ondinas, que se apoderaron de las aguas; los gnomos, que se apoderaron de la profundidad de la tierra; el espíritu de las rocas; el golpeador; el cazador negro, que atravesaba las malezas montado en un gran ciervo de diez y seis pitones; la doncella del lago negro; las seis doncellas del lago rojo; Wodan, el dios de diez manos; los doce hombres negros; el estornino, que proponía enigmas; el cuervo, que graznaba su canción; la urraca, que cantaba la historia de su abuela; los muñecos del Zeitelmoos; Everardo el Barbudo, que aconsejaba á los príncipes extraviados en la cacería; Sigifredo el Cornudo, que mataba á los dragones en los antros. El diablo puso su piedra en Teufelstein y su escalera en Teufelsleiter; y hasta se atrevió á ir á predicar públicamente en Gernsbach, inmediato á la selva Negra; pero afortunadamente Dios erigió al otro lado del río, frente del Púlpito del Diablo, el Púlpito del Angel. En tanto que las Siete Montañas, ese vasto cráter apagado, se llenaba de monstruos, de hidras y de gigantescos espectros, al otro extremo de la cordillera, á la entrada del Rhingau, el áspero viento del Wisper aportaba hasta Bingen nubarrones de hadas viejas pequeñas como langostas. La mitología se injertó, en

esos valles, en la leyenda de los santos, y produjo resultados extraños, caprichosas flores de la imaginación humana. El Drachenfels tuvo, bajo otros nombres, su tarasca y su santa Marta; la doble fábula de Eco y de Hylas se instaló en la medrosa peña de Lurley; la doncella serpiente se deslizó hasta los subterráneos de Augst; Hatto, el mal obispo, fué devorado en su torre por sus súbditos cambiados en ratas; las siete hermanas burlonas de Schœnberg fueron metamorfoseadas en rocas, y el Rhin tuvo sus *señoritas*, como el Mosa tenía sus *damas*. El demonio Urián pasó el Rhin en Dusseldorf, llevando al hombro, plegada en dos como un saco de molinero, la gran duna que había tomado en la orilla del mar, en Leiden, para enterrar Aquisgrán, y que, abrumado de fatiga y engañado por una vieja, dejó caer estúpidamente á las puertas de la ciudad imperial, donde aquella duna es hoy el Loosberg. En aquella época, sumida para nosotros en una penumbra donde resplandecen aquí y allá algunas mágicas claridades, en aquellos bosques, en aquellas rocas, en aquellos valles, sólo se perciben apariciones, visiones, prodigiosos encuentros, diabólicas cacerías, castillos infernales, rumores de arpas entre las arboledas, melodiosas canciones cantadas por invisibles voces, tremendas carcajadas que sueltan misteriosos caminantes. Algunos héroes humanos, casi tan fantásticos como los personajes sobrenaturales, Cuno de Sayn, Sibo de Lorch, la *fuerte espada;* Griso el pagano; Attich, duque de Alsacia; Thassilo, duque de Baviera; Antiso, duque de los francos; Samo, rey de los vendas, vagan afanosos por aquellas vertiginosas arboledas, buscando y llorando á sus bellas, altas y esbeltas princesas blancas, coronadas con nombres agradables, Gela, Garlinda, Liba, Williswinda, Schonetta. Todos esos aventureros, semihundidos en lo imposible y sosteniéndose apenas con el talón en la vida real,